

# **LA HERENCIA DE LA TÍA EUFEMIA**

Jaime Larre Guerra, 15 años  
Huelva

Pasaba, pero no pasó nada, al menos eso creí yo cuando abandoné la Quinta d' Ossos, en un pueblo cercano a Lisboa, que mi tía Eufemia me había dejado en herencia.

Llegamos mi mujer Sara, mi hijo Lalo y yo una tarde muy lluviosa aprovechando las vacaciones de Semana Santa. Comenzaba a anochecer, el viento rugía y las ramas de los árboles se movían como si tuvieran vida propia. Una tormenta llena de luces y truenos se aproximaba. Estábamos dentro de la casa, pero lo que nos rodeaba nos hacía sentirnos inseguros: Lalo no para de moverse, Sara estaba inmóvil en el sofá con los ojos cerrados y la boca apretada y yo, hombre de asfalto, no sabía qué hacer ni qué decir.

Tomamos unos bocadillos y rápidamente nos fuimos a la cama, esperando que el sueño reparador terminara con la angustia que empezaba a hacer mella en nosotros. Yo no pude dormir en toda la noche: la voz del furioso viento parecía entrar por la ventana, llamar a la puerta y decirme al oído que me marchara; los truenos insistían en el mismo mensaje.

Cuando ya amanecía, conseguí quedarme dormido; la tranquilidad era total. Como me decía con frecuencia mi tía Eufemia: "Después de la tormenta, llega la calma". Sin embargo, se trataba de una calma seca y asfixiante.

A las ocho de la mañana, vino a despertarnos nuestro hijo Lalo pidiéndonos el desayuno. Intenté convencerlo de que volviera a la cama pero Sara se levantó adormecida y me dijo que había que aprovechar el día.

Bajamos a la cocina a desayunar y, mientras pensábamos qué íbamos a hacer ese día, Lalo se marchó a jugar al amplio jardín que rodeaba la casa. Como era muy miedoso -tenía ocho años- sabíamos que no se alejaría. No obstante, de vez en cuando, Sara se asomaba a la ventana para comprobar que todo estaba bien.

Era un día apacible, el viento había desaparecido, pero las oscuras nubes impedían el paso de los rayos del sol. Por eso, afortunadamente, Lalo no tuvo que ponerse el sombrero que siempre nos acompañaba en nuestros viajes como si fuera un miembro más de la familia.

De pronto, el viento volvió y empezaron a caer gotas, cada vez de mayor tamaño. Mi mujer fue a buscar a Lalo.

-Quizás se ha ido a ver la fuente que está el centro del jardín- dijo Sara poco convencida.

Intenté tranquilizarla diciéndole que volvería en seguida. Ya sabes como es Lalo-le dije.

Sin prestarme la menor atención, se puso las botas de agua, la gabardina y el gorro de lluvia; cogió el paraguas y se dirigió al jardín. Empecé a inquietarme al ver cómo deambulaba de un lugar a otro, pero yo me decía a mí mismo: Lalo se ha escondido para dar un susto a su madre; ya lo ha hecho otras veces.

A los pocos minutos, la puerta se abrió de golpe. Sara, con la cara desencajada, me dijo que Lalo no aparecía. Salimos al jardín y comenzamos a buscarlo. Lo llamamos por su nombre pero solo nos respondió el viento. Lo buscamos y lo buscamos pero no lo encontramos.

Volvimos a la casa y comenzaron los reproches: No teníamos que haber venido, no debíamos haber permitido que Lalo hubiera salido solo al jardín, deberíamos haber ido los dos a buscarlo desde el principio...

Pasados estos primeros momentos de tensión, decidimos realizar la búsqueda por separado. Yo iría por la zona de la derecha de la fuente y Sara lo haría por la izquierda.

-Tal vez, se haya caído en algún agujero y haya perdido el conocimiento- comentó preocupada Sara.

-Quizás, se haya alejado demasiado y no nos ha oído- pensé yo.

De todas formas, algo me decía en mi interior que esto no marchaba bien, no era propio de nuestro hijo. Por lo demás, no había podido salir de la Quinta ya que la puerta principal estaba cerrada; tampoco había podido entrar nadie. Sin embargo, ¿podía estar ya alguien dentro antes de que llegáramos?

Buscamos y buscamos, pero no lo encontramos. Poco a poco, empezamos a barajar la posibilidad de que alguien estuviera escondido en el jardín y hubiera raptado a Lalo. Ante la duda, decidimos llamar a la policía, pero, cuando cogimos el teléfono, nos dimos cuenta de que no había línea.

-Será por la tormenta- dijo Sara- ¿Por qué no vas al cuartel más cercano mientras que yo sigo buscando a Lalo?

-Me temo que esto no es posible Sara, el cuartel más cercano se encuentra en Lisboa y tal y como está el tiempo me llevaría mucho llegar hasta allí y volver- respondí desanimado.

-¿Entonces que hacemos?- preguntó con una preocupación que nunca antes había visto en ella.

- Volveremos al jardín e intentaremos llamar a la policía un poco más tarde- afirmé con vehemencia- Esta vez miraremos hasta debajo de las piedras y ya verás como lo encontraremos- dije para animarla.

Después de media hora de búsqueda, la tormenta cesó y un silencio abrumador recorría la Quinta d' Ossos: los árboles se convirtieron en figuras estáticas, las flores se cerraron, los pájaros volvieron a sus nidos... Sabía que algo había ocurrido.

-Lo mejor será intentar llamar de nuevo a la policía- me dije a mi mismo.

Hablé con ellos, les conté lo sucedido y me dijeron que me tranquilizara y que tardarían en llegar una media hora.

Salí de nuevo al jardín para contárselo a Sara. Sin embargo, la llamé a pero no respondió. La busqué y la busqué pero no la encontré.

Como un loco, deambulaba por el jardín, apartando todo lo que encontraba a mi paso. Cuando llegué a un pequeño lago, que se encontraba bastante alejado de la casa, observé cómo una enorme conejo, como los que les gusta a Lalo, salía de entre los arbustos. Los aparté y vi una gran abertura que parecía no tener fin.

Entré en ella reptando pero, a medida que iba avanzando, la altura aumentaba y la visibilidad disminuía. Estaba en un pasadizo húmedo y pestilente. Caminando, caminando, llegué a una especie de

pozo del que volvían a salir tres pasadizos. Sin motivo alguno, dejándome llevar por mi instinto, tomé el del centro. Había huesos por todas partes; parecía un antiguo enterramiento, o quizás no tan antiguo.

Imágenes terribles se agolpaban en mi cabeza; corría chocándome con los muros del túnel, gritaba llamando a Sara y a Lalo hasta quedarme afónico.

- ¡Nunca deberíamos haber venido a este lugar!- grité desesperado.

En este momento, comprendí por qué me había dejado esta herencia mi tía Eufemia, con la que nunca había mantenido buenas relaciones. Estaba asistiendo a su venganza,

Como pude, intenté recuperar la calma. Apenas podía ver algo, pero seguí corriendo, corriendo y corriendo hasta caer extenuado. Un olor extraño dirigía mis pasos; se hacía tan insoportable que casi no podía respirar. Tapé mi boca con unas toallitas húmedas que siempre llevaba en mi pantalón e intentaba contener la respiración todo lo que podía.

Después de unos instantes, llegué a un ensanchamiento donde me encontré con dos figuras estáticas abrazadas. Me acerqué temiendo lo peor. Mis mayores temores se cumplieron: eran Sara y Lalo. Me arrodillé tembloroso y desarmado a su lado. La desesperación se apoderó de mí; no podía creer que los hubiera perdido. Me acerqué para abrazarlos y noté so calor; parecían dormidos, pero su respiración se iba apagando. Tenía que sacarlos rápidamente de allí. Mis fuerzas comenzaban a flaquear; si intentaba sacarlos, mis huesos se unirían a los suyos. Tenía que salir de allí inmediatamente y buscar ayuda. Esperaba que la policía ya hubiera llegado.

Volví sobre mis pasos con los pulmones a punto de estallar. Creí que no lo conseguiría, pero mi familia me dio la fuerza que necesitaba. Al salir de pasadizo, el aire volvió a entrar con todas sus fuerzas en mí. El viento acariciaba mi rostro. Esta vez sí: busqué y busqué y los encontré.

Cuando llegué a la casa, un coche de policía estaba intentando abrir la puerta de la Quinta. Les conté lo ocurrido con palabras atropelladas. No sé si llegaron a entenderlo todo pero les hice

comprender la gravedad del asunto y que debían llamar rápidamente a una ambulancia.

Cogieron sus linternas y siguieron mis pasos hasta la entrada del pasadizo. Todos tapamos nuestras bocas con un pañuelo y recorrimos en un tiempo récord el camino lleno de huesos que conducía a la cámara donde yacían Lalo y Sara. Su pulso era muy débil y la frialdad empezaba a entrar en sus cuerpos. Yo cogí en brazos a mi mujer y uno de los policías, a Lalo; el otro dirigía nuestros pasos alumbrando el camino, que se nos hizo interminable. Por fin, salimos de aquel maldito lugar. El aire y el viento se mezclaron en nuestros cuerpos como si acabáramos de salir del útero materno.

Lalo y Sara tuvieron que pasar varios días en el hospital hasta que los médicos se aseguraron de que no quedaba rastro de la intoxicación que habían sufrido, ocasionado probablemente por algún hongo vinculado a la putrefacción de cadáveres.

Finalmente, llegó el momento en el que abandonamos la Quinta d' Ossos, a la que nunca debíamos haber venido. Ahora comprendimos su nombre.

Afortunadamente, todo lo sucedido tuvo un final feliz. Pasaron muchas cosas pero no nos pasó nada que no hubiera tenido solución. Sin embargo, echando la vista atrás, no encuentro explicación a que Lalo, que prácticamente no había conocido a mi tía Eufemia, la mencione con tanta frecuencia y recuerde historias sobre ella que todos habíamos olvidado. No obstante, sigue siendo un niño inquieto, miedoso y lleno de vida.